

Antonio García Velasco



UN DILEMA DE AMOR

Mucho más que UN DILEMA DE AMOR ha de resolver
Gustavo, el personaje de esta historia

UN DILEMA DE AMOR
Antonio García Velasco

Un dilema de amor
Antonio García Velasco
www.agvelasco.es
ag27velasco@gmail.es

ISBN 9781719966313
Publicado en Amazon-KDP

Maquetación A.G.V.

Índice

El anillo	7
La oculta alianza	19
Un pasado de amor	23
Noche de amor	33
El anillo perdido	37
El hogar	41
¿Venganza, pasión?	51
Recompensa anunciada	57
Celebración	63
La carta	67
Las copas	75
Andrea	87
La resaca	93
Reencuentro	101
El dilema	105
Epílogo	111

El anillo

Pasos quedos, arrastrando desazón por todos los poros. El suelo ligeramente negro, brillante y, a trechos, anegado de claridad por la luz de las lámparas eléctricas reflejada en los charcos. Congoja, en principio, al pensar en el disgusto de su mujer cuando le anunció su viaje a esta ciudad:

“Cómo mínimo tres días tengo que estar fuera, amor. Tres días no son muchos, Andrea”.

“Pueden ser muchos cuando se quiere de verdad, cuando martirizan los celos, cuando asaltan tantos temores, Gustavo...”

“Tres días, amor. Pasarán en menos de un abrir y cerrar de ojos. De nada tienes que preocuparte”.

Enfundado en su gabardina, con el cuello subido, soportando el ligero vientecillo húmedo y frío. A veces caían gotas tenues que parecían aliviar su sofoco. Sofoco de estar solo, sofoco de estar cansado, sofoco por misiones desagradables que debía cumplir, sofoco por la nostalgia de otros tiempos que le sembraban las calles de esta ciudad... No podía olvidar el malestar de Andrea cuando le anunció su viaje:

“Gustavo, a esa ciudad no me gusta que vayas sin mí”.

“Mujer, es inútil que te preocupes. Me importa bien poco que viva allí. Esa mujer fue el pasado y tú eres el presente, mi presente y mi futuro... Te quiero, Andrea”.

Sacó un cigarrillo y volvió la cara para prenderle fuego. “¡Este viento!” El primer encendido de mechero fracasó. Al segundo intento, haciendo cuna con sus manos y las solapas de la gabardina, consiguió que comenzase a arder. Las órdenes del jefe habían sido tajantes:

“Tienes que ir a verlos, a Gómez, Aparicio y Andrés. Mucho me escama su actitud últimamente: demoran los documentos contables y, cuando llegan no resultan coherentes. Ni contestan a nuestras llamadas por teléfono. O contestan con evasivas que es peor. Tienes que traer un informe completo, lo más completo posible: todo hace sospechar una mala gestión o, lo que sería peor, un fraude”.

Aspiró la primera bocanada de humo. “Sí, es guapa”. La chica había pasado por su lado imperiosa, segura, con el paraguas abierto. Tuvo que

echarse a un lado para dejarle pasó. “Me iba a herir con los picos, pero no quita que sea guapa. Muy guapa”. Permaneció mirándola unos segundos hasta que el contorno de ella se desdibujó en la lejanía, perdiéndose entre otros transeúntes. Le evocó a Marita:

“¿Volverás alguna vez por aquí?”

“Nunca se sabe. El mundo da muchas vueltas, muchas vueltas”.

“Si algún día vienes, me avisas. No me gustaría saber que has estado aquí y te has ido sin saludarme”.

“Marita, puedes estar segura. Si vengo alguna vez, lo primero será saludarte”, dijo con seguridad y convencimiento, mirándola fijamente hasta que el beso se hizo inevitable. Como la despedida.

A la central de la empresa se marchó hacía tres años. En ellos, se precipitaron los acontecimientos: ascenso a consultor e inspector, recomendación de los jefes de que lo preferían casado... No le disgustaba Andrea y comenzaron relaciones. Mucho lo celebraron en la compañía. Su fama lo revestía de distante, de independiente, de célibe que rechaza cualquier tipo de lazos, de preocupado por un trabajo bien hecho, pero libre para actuar a su antojo... No le convenía a la sociedad anónima la imagen de un alto ejecutivo soltero y, acaso, tentado de satisfacer sus apetitos con mujeres indeseables por su mala reputación, o visitando ciertos lugares de esparcimiento. Andrea era administrativa. Pesaron los consejos de que mejor era vivir casado para conservar la imagen corporativa: ella, aunque ajena a tales consejos, comenzó a simpatizar con Gustavo. Un día, al fin, se citaron para salir... Pocas semanas después anunciaron el noviazgo. Cayó bien en la familia de ella y emprendieron los preparativos de la boda, que celebraron con manifiesta satisfacción. Pocos meses después, sobrevino el embarazo. Cuando el niño nació, la madre dejó de trabajar para dedicarse por entero a su cuidado. Rio asaltado por los recuerdos que se le enredaban en sus pasos por aquellas calles que tanto significaron para él en otros tiempos.

En la mano derecha, en el dedo anular, marcaba la alianza. Se sorprendió jugando con ella: la mano en el bolsillo y el pulgar haciéndola girar: “¡El símbolo!” Todo estado tiene su símbolo y sus exigencias: recordó la carita redonda y risueña de su pequeño y, otra vez, las inquietudes de su esposa:

“Tres días en esa ciudad, tú solo... No me hace gracia, Gustavo”.

“Andrea, no la veré, te juro que ni tendré en cuenta que vive allí, que nada haré por verla: te quiero, Andrea. No estoy dispuesto a caer en tonterías... Ella fue

el pasado, rompimos porque ni siquiera quiso acompañarme cuando me trasladaron... debes estar tranquila. Agua pasada y seca es esa mujer para mí”.

“Sí, Andrea tenía que estar tranquila” y, no obstante, pensando en Marita, dio un nuevo giro a la sortija en la oscuridad cavernosa de su bolsillo:

“Te prometo llegar a visitarte o, al menos, darte un telefonazo”.
“En la cabeza te lo daré yo a ti si no me llamas” -trató de disimular Marita el sentimiento de profundo pesar que le producía la despedida.

Había vuelto la esquina. No tenía decidido hacia donde encaminar sus pasos. Vagaba fijándose en la gente que se cruzaba con él. La lluvia comenzó a ser fina y pertinaz. Subió el cuello del gabán y se encogió de hombros. Años atrás, en aquella misma calle, un gesto idéntico lo sorprendió muchas veces. El suelo brillaba, los faros de un coche lo deslumbraron ligeramente: “Luces de ciudad, mamarracho”. Cualquiera venía en coche con este tiempo. “Ahora lo echo de menos”. Pero eran sólo tres días... “Perdón, señor”, dijo la chica de una pareja que había tropezado con él. Se limitó a sonreír y continuó su marcha. “Quizás la vea y... no, es mejor no verla. Es mejor olvidar el pasado y no volver a aquello: estoy contento con Andrea, con el niño”.

“¡No olvides mi dirección, eh! Ni mi teléfono.”

No, no había olvidado su dirección ni el número de teléfono, pero “Debo borrarlos de la memoria: verla sería... Como si no la conociera...” Volvió a acariciarse el anillo. Su pequeño le sonreía... “Andrea es buena, muy buena y también guapa. ¡Me sentía tan solo! ¡Me presionaron tanto con la buena imagen de hombres casados y formales en la directiva de la empresa! Ella, como si lo intuyera, supo acercarse a mí, mostrarse comprensiva, seducirme... Pero, con todo, la quiero”. Había apretado el paso. “Resulta estúpido caminar sin rumbo con esta lluvia: tendría que irme al hotel o al cine”. Le resonaban las palabras de su jefe:

“No dejes escapar ni un solo detalle”.
“Descuide, don Lorenzo, descuide. No me dejaré engañar”.

Aquella mañana había llegado en avión y, en las pocas horas que estuvo en la sucursal, consiguió averiguar la causa del silencio. “¡Menuda fullería han hecho los muy tarados! Han pretendido ganar tiempo para ocultarlo todo... ¡No les ha salido, cerdos! Los despedirán, seguro. Y los denunciarán... No me gustaría ver en la calle a Andrés. Convencido estoy

de que lo embaucaron como a un niño. A los otros que los parta un rayo: son una pandilla de aprovechados dolosos. Ellos sabrán el dinero que se han embolsado con los fraudes de dar gato por liebre, de vender falsedades como productos auténticos, ¡bandidos! Como si a la larga no llegasen a conocerse todos los detalles de su enmarañamiento. Han sido unos imbéciles”. Pisó un ladrillo suelto y el agua le salpicó a las piernas y manchó el bajo del pantalón. Sintió el frío y maldijo a media voz. Una señora lo miró bajo el paraguas lila.

Volvió a meter las manos en los bolsillos después de sacudirse el agua de la parte inferior de la pernera. El cigarrillo, casi colilla, colgaba de sus labios. Lo escupió: “Bah, estoy harto de fumar”.

“Lo más sensato sería entrar en un café a tomar alguna cosa”. Mecánicamente miró el reloj. Aún faltaba para la hora de cenar. Sin propuesta previa, había salido a la calle principal. Los vidrios de los escaparates hirieron sus ojos que se arrugaron y achicaron protegiendo las pupilas. La lluvia iba y venía sin aparente objetivo, como los transeúntes, preservados por abrigos, gabardinas, paraguas... Un murmullo incierto, un arrastrar de pies... “Puede que ella esté por aquí paseando”. Intencionadamente aligeró el paso para cruzar con rapidez por la puerta de la cafetería de tantos recuerdos. Se detuvo, no obstante, tentado de volverse y entrar: “No. Era nuestro lugar preferido y ella puede estar... No es plan, le prometí a Andrea que no la vería... Distinto sería encontrarla por aquí, por casualidad, sin buscarla... ¿Le diría que estoy casado, que tengo todo cuanto me hace feliz: buen trabajo, esposa, hijo...?” Tocó el anillo: “Quizás no haga falta contarle nada: verá la mano y comprenderá. O será mejor decirle adiós como si nada nos hubiese unido en el pasado. ¿Y dejarla plantada sin más? No lo merece. Puede que sepa ya que me casé... Mejor no preocuparse, mejor no verla”. Y subió el cuello de su gabardina como para protegerse de la posibilidad de ser visto y reconocido. Continuó su marcha.

Cruzó el umbral de otra cafetería: “Un gin-tonic”. “Al momento, señor”. “Amables, tan amables y serviciales como entonces. ¿Me habrán reconocido? Tanto no he cambiado”.

-Servido, señor- dijo el camarero mientras vertía el agua tónica sobre la ginebra y el hielo del vaso.

No miraba otra cosa que las burbujas. Hasta beber el primer trago no volvió la vista a su alrededor, tratando de oscurecer las escenas que antecedieron a su partida:

“Me gustaría ir contigo, Gustavo”.

“Sí, lo entiendo, pero es una tontería hacer un viaje para tres días en los que estaré ocupado todo el tiempo Y el niño, Andrea, es demasiado pequeño para llevarlo. Tienes que cuidar de él”.

“Es cierto. Pero, a pesar de todo, me gustaría”.

“Sé lo que piensas, Andrea” Y la atrajo hacia su pecho. “No tienes motivos para preocuparte... Soy un hombre felizmente casado y responsable”, sonrió al besarla.

También ahora estaba sonriendo. Todo permanecía, al menos en apariencia, como hacía años, como si fuese el mismo en el mismo momento, con las mismas sensaciones de antes. El tiempo no ha podido pasar, el tiempo se clavó un día hace años cuando él bebía una tónica. Aquellos clientes y camareros podrían ser los mismos, eran los mismos. Ni siquiera el viejo Anselmo había cambiado: allí estaba atento a la menor insinuación del cliente recién llegado o pronto a marchar. La vida tendría que ser delicia paralizada en un momento grato. Apuró el último trago, dejó una moneda sobre la barra y salió. La lluvia había cesado, pero el vientecillo parecía más frío en contraste con el cálido arrullo del bar. Al pisar la calle, se dio cuenta de su prisa inútil: había estado sólo unos minutos en la cafetería, como si le gustase pasear, como si buscase a alguien, como si huyese para evitar un encuentro, o peor, como si quisiera escapar de sí mismo. “Será cosa de elegir un restaurante. Después me meteré en la cama y leeré un rato hasta dormirme”.

Aquella no era la dirección del hotel. Lo advirtió y dio media vuelta. Unas chicas, con los libros bajo el brazo, cruzaron sus risas con su mutismo. Las miró, volvió la cara para seguir mirándolas. “Ella estará en casa. Bastaría buscar una cabina y marcar su número...” Desistió de la idea como si le quemara las entrañas y los dedos. Pero comenzó a sonreír imaginando la escena: ella venía de frente... ¿La esperaba parado? ¿Se daba media vuelta? ¿Corría a su encuentro con la alegría de volver a verla? Sería fácil desprenderse del anillo, el símbolo, la traba, promesa de fidelidad... Probó a quitarse la alianza con una sola mano, divertido por lo que, con toda seguridad, no ocurriría: empujó poco a poco con el pulgar, así, empujoncito tras empujoncito, con parsimonia, lenta, mañosamente... el anular recto... no es tarea fácil: el dedo absolutamente derecho y proporcionando habilidosas presiones con el pulgar... Hasta que, al fin salió, cayendo sobre la tela: “¡No es tan difícil!”, exclamó para sí. “...pero soy bobo: no la veré y, si llegase a verla, el encuentro quedaría limitado a un simple saludo, nada más. Estaría bueno, con Andrea, con el chico... Imperdonable sería que pasáramos a mayores, al pasado, a aquellos encuentros de amor que nos apasionaron, que nos unieron tanto... que se rompieron al anunciar que me tenía que marchar... No, imposible”. Se volvió a colocar el anillo y apretó el paso huidizo hacia el hotel.